

HISTORIAS EN EL AIRE

CAPÍTULO VIII

GUION

La Guerra Fría: las voces recuperadas.

“Incluso los frutos de una victoria no serían más que cenizas en nuestra boca”.

De esta manera tan gráfica resumía John Fitzgerald Kennedy la imposibilidad de obtener una victoria en caso de que estallase una guerra nuclear entre las superpotencias durante la Guerra Fría, un riesgo cierto durante la Crisis de los Misiles de 1962 en Cuba, cuando el mundo se asomó vertiginosamente al filo del abismo y el momento en el que Kennedy expuso, de la manera contundente que hemos escuchado, el coste de una guerra nuclear: la extinción.

La *Guerra Fría* es un concepto académico que nombra al período geopolítico surgido de la II Guerra Mundial, tras la cual, los que habían sido aliados en tiempos de guerra, una vez desaparecido el enemigo común, pasaron a una confrontación más o menos soterrada y siempre amenazante.

W. Churchill popularizó la expresión, recuperada por J. Goebbels, el ministro de propaganda nazi, e ideada por el escritor ruso Rozanov en su libro “El apocalipsis de nuestro tiempo”, “telón de acero”, para ilustrar la radical división de la Europa de posguerra. En referencia a la revolución bolchevique de 1917 escribe Rozanov: “Tintineando, rasgando y chirriando, un telón de acero cae sobre la historia de Rusia”. Churchill para referirse a la incipiente bipolarización del mundo advierte en el discurso que pronunció en la universidad de Fulton en 1946: “Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental (...), todas estas famosas ciudades y sus poblaciones y los países en torno a ellas se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética, y todos están sometidos (...) no sólo a la influencia soviética, sino a una altísima y, en muchos casos, creciente medida de control por parte de Moscú (...)”

Las características del período son conocidas. Una división bipolar del mundo, alineado alrededor de dos superpotencias: EE.UU. y la URSS, cada una de ellas liderando uno de los bandos de países. EE.UU. acaudillando el bloque capitalista; la URSS el comunista. Un estado de tensión latente

entre los dos grandes países sin llegar, en ningún caso, a una confrontación abierta y directa entre ellos. Una fuerte tensión sustentada en un sólido equilibrio del terror siempre amenazado por la posibilidad de una guerra nuclear y, con ella, la sombra de la MAD: destrucción mutua asegurada.

La Guerra Fría es un buen ejemplo de la estupidez humana concretada, esta vez, en la proliferación y almacenamiento de armas nucleares que nunca podrían usarse, sencillamente, porque, de hacerlo, supondrían un final irremediable para la vida humana en la Tierra. Armas que son la amenaza definitiva, creadas con un fin disuasorio. Esto es, en suma y sumariamente, la Guerra Fría, una política de riesgos calculados sujetos a la posibilidad del error último, del más trágico error que cupo imaginar.

Pequeñas fisuras se fueron abriendo en los bloques. La *primavera de Praga en 1968*. El *mayo del 68 francés*, resumido en lemas atemporales fijados en los muros, “los muros hablan”, que la tecnología actual ha hecho virtuales. Lemas como “seamos realistas, pidamos lo imposible” o “lo queremos todo y lo queremos ya”, evidencian la insatisfacción juvenil en la sociedad de la opulencia capitalista. Una grieta mayor se abre con la caída del Muro de Berlín en 1989, dejando atisbar el inminente colapso del comunismo, incapaz de resistir las reformas introducidas por M. Gorbachov, y consumado por la disolución de la URSS en 1991 y la subsiguiente atomización del bloque comunista. La Guerra Fría había terminado o, al menos, eso creíamos hasta febrero de 2022. El fin de la Guerra Fría precipitó análisis apresurados, como el efectuado por F. Fukuyama, autor de un vaticinio imposible: la desaparición de uno de los bloques contendientes supuso, según su erróneo planteamiento, “el fin de la Historia”.

La simetría replicante de los dos mundos: OTAN/Pacto de Varsovia. Plan Marshall/Consejo de Ayuda Económica Mutua. La Destrucción Mutua Asegurada/La Disuasión Mutua Asegurada. El miedo en el rostro de unos/El mismo miedo en el rostro de los otros.

Sin embargo, bajo esta costra de locura y terror, el mundo real, el de las personas que sienten el mundo y lo perciben desde una dimensión esencialmente humana, la Guerra Fría fue mucho más. Estas personas la convirtieron en un tiempo fecundo para la reivindicación, la lucha y el progreso humano.

El capítulo final de *Historias en el aire* presta hoy su espacio a esas voces, surgidas en la Guerra Fría, cuyo eco aún es audible.

La inquietud por la preservación medioambiental, situada hoy en el centro de las preocupaciones de la Humanidad, se consolidó durante la Guerra Fría. En el ámbito de la ecología, Gro Harlem Brundtland, primera mujer que presidió Noruega, elaboró en 1987, por encargo de la ONU, el informe titulado “Nuestro futuro en común”. El informe gira alrededor de un concepto clave en ecología, desarrollo sostenible, vinculado a los límites del crecimiento y a la influencia que las condiciones ambientales ejercen sobre la salud. Dijo la señora Brundtland: “el impacto del cambio climático mundial puede presentar un desafío mayor que cualquier otro al que se haya enfrentado la humanidad, con la excepción de impedir una guerra nuclear”.

En un tiempo amenazado por el apocalipsis nuclear pendiendo de un hilo, como una espada de Damocles, el pacifismo traspasó los límites de una ideología y se convirtió en una necesidad. Aunque solo conoció los comienzos de la Guerra Fría, Mahatma Gandhi reivindica la no violencia, la pacífica desobediencia civil, como medios de protesta contra la injusticia y la opresión. El líder hindú, nos legó un guía vital en forma de pensamiento: "Cuida tus pensamientos, porque se convertirán en tus palabras. Cuida tus palabras, porque se convertirán en tus actos. Cuida tus actos, porque se convertirán en tus hábitos. Cuida tus hábitos, porque se convertirán en tu destino."

Resurge la ola del feminismo que arrancaba con el sufragismo, al que dedicamos un capítulo anterior. Los importantes derechos políticos conquistados no satisfacen las expectativas legítimas de la mujer en la segunda mitad del siglo XX, consciente de que sus posibilidades van mucho más allá de lo establecido por la realidad de hecho. Betty Friedan, en *Mística de la feminidad*, una obra cumbre del feminismo, define esta insatisfacción como “el malestar que no tiene nombre”. Más adelante, en la misma obra, lo explicita: “Una mujer tiene que poder decir, y no sentirse culpable, “¿Quién soy yo y qué quiero de la vida?” No debe sentirse egoísta si quiere sus propios objetivos”.

La descolonización supuso la independencia de un gran número de países sometidos a la dominación de metrópolis europeas. En la Conferencia de Bandung, estos países aspiraron a convertirse en un bloque alternativo al comunista y al capitalista: el movimiento de los países no alineados, denominados, por el sociólogo francés A. Sauvy, Tercer Mundo. Jawaharlal Nehru, seguidor de Gandhi, fue un defensor del pacifismo y cofundador del Movimiento de Países No Alineados que profesaron su neutralidad frente al antagonismo bipolar de los bloques confrontados

liderados por Estados Unidos y la Unión Soviética. Actuó, al menos lo intentó, como intermediario para aliviar las tensiones entre los estados comunistas y el bloque occidental. Sentenció Nehru sobre el futuro como misión compartida por la Humanidad: “Se ha dicho que la paz es indivisible; lo son asimismo la libertad y la prosperidad, pero también lo es el desastre en este mundo único que ya no se puede dividir en fragmentos aislados”. Y sobre la inevitabilidad de la educación como medio de progreso dice: “para tener éxito en la vida lo que usted necesita es la educación”.

Hablar de la paz en el tiempo amenazado de la Guerra Fría evoca la figura de John Lennon mientras “imagina toda la gente viviendo la vida en paz. Tú puedes decir que soy un soñador, pero no soy el único, espero que algún día te nos unas y el mundo será como uno imagina”.

Los años de la Guerra Fría también albergaron la contestación contra la vergüenza que para la Humanidad supone la marginación racial. Nelson Mandela consagró su vida a la erradicación del apartheid, el ominoso sistema de segregación racial impuesto en Sudáfrica hasta 1992. El principio irrenunciable para una convivencia pacífica enunciado por Mandela sostiene: “Nunca debería ocurrir que esta tierra hermosa experimente la opresión de una persona por otra”

Martin Luther King, liderando la misma causa en EE.UU., y el iluminador mensaje de su discurso, convertido en alegato de la convivencia fraternal por encima de toda y cualquier diferencia: “Yo tengo un sueño, que un día esta nación se elevará y vivirá el verdadero significado de su credo: “Creemos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales.”

La Guerra Fría erigió muros como barreras contra la libertad. Pero, al mismo tiempo, se levantaron palabras para defenderla. La presencia física de la barrera es inmediata. El éxito de la palabra es diferido. Los muros caen, las palabras son eternas. Resuenan las palabras de Kennedy frente al muro de Berlín en 1962: “Yo soy berlinés (...) La libertad es indivisible y cuando un hombre es esclavizado ¿quién está libre?”

La amenaza sobre el mundo suscita la necesidad de buscar nuevos mundos y, también en este ámbito, las dos superpotencias desarrollan una competencia: la carrera espacial. Valentina Tereshkova, la cosmonauta soviética, la primera mujer en volar al espacio, aún hoy, la única mujer en protagonizar una misión espacial en solitario, compartió su visión: “Veo en el horizonte una raya azul: es la Tierra. ¡Qué hermosa! Todo marcha espléndidamente”. Eso es la Tierra, una pequeña dimensión, hermosa, donde todo debería ir bien.

La Guerra Fría conoció también la valentía del protagonismo individual, de personajes históricos capaces de arriesgar su posición por el bien común. Mijail Gorbachov y su obra, perestroika y glasnost. Sus aciertos y sus errores, distinguidos con el premio Noble de la Paz “por sus numerosas y decisivas contribuciones”. “Si no yo, ¿quién? Y, si no es ahora, ¿cuándo?” Probablemente, estas fueron las preguntas que tuvieron como respuesta sus acciones.

Dentro de la división que, en esencia, fue la Guerra Fría, también surgió la unidad. Nos referimos a la unidad de los europeos, a una parte de Europa, que, cansada de masacrarse por la división, inició el camino hacia la unidad. Robert Schuman, Jean Monnet, Paul Henry Spaak, Konrad Adenauer, y tantas otras paternidades y maternidades que tiene la UE que hoy nos convierte en ciudadanos europeos, edificaron la estructura de una Europa integrada en un objetivo común. El Plan Schuman, un documento esencial para los ciudadanos europeos, se aprueba el 9 de mayo de 1950, aún faltan siete años para los Tratados de Roma, y, sin embargo, cada 9 de mayo celebramos el día de Europa. El realismo y la constancia como herramientas para sortear las dificultades propias de lo complejo en las palabras de Schuman: "Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho."

La ilusión por estos logros, la ambición de estas aspiraciones, siguieron amenazadas por la sombra de la guerra y la tiranía. Corea, Vietnam, Oriente Medio, Cuba, Afganistán, Chile, Nicaragua, y tantos otros nombres jalonan la inquietud por la libertad y la seguridad coaccionadas.

Muchas más cosas ocurrieron, muchos nombres relacionados con su biografía y su aforismo, se han quedado sin voz en este capítulo de *Historias en el aire*, en este capítulo *non finito*, y es, precisamente, su carácter inconcluso la mejor razón para retomar el trabajo, para volver a empezar.